

ta: sus pasos eran vacilantes, y hubo de apoyarse en la pared para llegar á ella.

Regina corrió hacia su madre.

—¡Ah! exclamó; ¡si mi padre hubiera sido como tú!

La Marquesa la abrazó de nuevo y por largo rato sin hablar una sola palabra, y después bajó lentamente la escalera de la casa de su hija.

Cruzó la callejuela, volvió la esquina y entró en su casa, yerta, silenciosa y muda; iba herida de muerte.

Regina quedó también inmóvil y como si toda su vida se hubiera paralizado bajo la impresión dolorosa que acababa de recibir.

Pasado un instante, corrió á la ventana, y adivinó la triste y enlutada figura de su madre antes de que volviese la esquina de la calle.

Gabriela, en su paso lento y trabajoso, se asemejaba á la Virgen de los Dolores después de despedirse en el sepulcro de su Santísimo Hijo.

Cuando hubo desaparecido, Regina llevó ambas manos á su corazón y murmuró:

—¡Dios mío! ¿Eres tú el que me dice que no la veré más?

Aquel corazón rebelde se acordaba de Dios, prensado por una agonía suprema, ¡por la agonía atroz de haber perdido á su madre por su culpa!

¡Dios es el nombre sacrosanto, la gran idea unida á todo dolor grande!

XIX

DESPEDIDA.

Algunos días después del casamiento de Regina y de Justino, Arturo se unió á Eugenia, apenas restablecida de su penosa enfermedad.

El Vizconde, que había cobrado un tierno afecto á la dulce y virtuosa esposa de su tío, había intentado consolarlos en la noche de los contratos y después de la violenta salida de Regina de la casa paterna; pero nada pudo conseguir en aquellos dos corazones, ulcerado horriblemente el uno, y el otro profundamente ofendido.

—Déjame, le dijo el Marqués, después que todos sus convidados fueron abandonando el salón triste y silenciosamente: no procures excusar á tu prima; ¡jamás, jamás la perdonaré el golpe cruel con que ha destruído todas mis esperanzas; el escándalo de mi ridículo! ¡Ya no soy su padre! ¡ya no es mi hija! ¡su mano ha roto los lazos sagrados que nos unian!

La Marquesa nada decía: sin articular una palabra, sin poder derramar una lágrima, porque lo

profundo de su pena las había estancado, estaba yerta, muda y como destrozada por el terrible golpe que acababa de recibir: parecía no oír, ó mejor dicho, no escuchar las palabras del Vizconde, que en vano se esforzaba por consolarla.

Desesperado ya de conseguirlo, los dejó solos, porque no hay dolor que no halle su lenitivo en la íntima confianza del amor conyugal, y creyó que aquellos dos esposos desventurados sólo mutuamente podrían consolarse algún tanto.

No se engañaba: así que él salió, Pedro de Villalta se acercó á su mujer con los brazos abiertos y la estrechó dolorosamente contra su pecho, murmurando esta palabra:

—¡Solos!

Y de sus ojos, abrasados por la ira, brotaron algunas lágrimas bienhechoras.

Arturo creyó, y con razón, que su presencia podría ser enojosa en una casa donde había entrado como hijo y en la que ya no representaba ningún papel; únicamente le era dado despertar tristes recuerdos en los lacerados corazones de sus tíos, y al día siguiente se despidió de ellos, hospedándose en el mismo barrio, para vivir cerca de Eugenia.

Aquel mismo día pidió á Justino la mano de su hermana, que le fué concedida con gratitud.

El matrimonio se celebró sin pompa y como si el rico y noble Vizconde del Olmo hubiera sido el hijo de una familia humilde; pero el corazón

de Arturo y el de Eugenia reflejaban el cielo.

—¿Qué te enamoró en mí? preguntó cándidamente la joven á su marido pocas horas después de su casamiento.

—¿Lo sé yo acaso? respondió el feliz Arturo. ¿Sabe el amor darse cuenta de sí mismo! En tí me enamoró todo: tu suave y casta belleza, tu virtud, tu vida solitaria triste y tu mismo dolor; pero además de todo esto, hallaba en tí una fuerza irresistible que disponía de mi voluntad y que no permitía me alejase: era que había encontrado en tu alma esa celestial belleza que atrae, y que es la que despierta y conserva el amor grande y profundo: es que eras tú la compañera que Dios me había elegido y que yo había buscado en vano por largo tiempo!

Al día siguiente de la entrevista de la Marquesa con su hija, y en la puerta de la casita que habitaba la señora de Rivera, había un elegante coche de camino: y en el humilde aposento donde bordaba Eugenia cuando su pobre madre vivía, se encontraban aquella amable joven, el Vizconde del Olmo, Regina y Justino.

Eugenia y Arturo estaban elegantemente vestidos de viaje; Regina tenía puesta una bata blanca, y Justino llevaba un traje de casa sencillo y de muy buen gusto.

Aun estaba descolorido, lo mismo que su hermana; pero la suave palidez de entrambos hacía resaltar la belleza de sus semblantes.

—¡Hágaos el cielo tan dichosos como merecéis, hermanos míos! dijo Justino, tomando en sus manos las de Arturo y Eugenia. ¡Ojalá que vuestro enlace sea para vosotros un manantial inagotable de ventura!

—¿Por qué no venís con nosotros? preguntó la Vizcondesa dirigiéndose á Regina; el clima de Italia os probaría bien á entrambos, hermana mía.

—No quiero salir de Madrid, contestó lacónicamente Regina.

—Al menos, mudáos de casa, Justino, dijo Arturo: ésta es muy insalubre.

—Regina se opone á ello, observó tristemente Justino.

—Pero ¿por qué?

—Porque quiero, contestó Regina, que mi padre tenga siempre ante sus ojos al esposo de su hija, á quien arrojó de su casa, y á la hija que abandonó.

—Regina, dijo Arturo con gravedad, eso es ofender á Dios y vengar en ti propia la desventura que te ha enviado. ¿Piensas que el corazón de tu padre ha de conmovirse presenciando tu escasez y tus penas? ¿Piensas que el dolor, la indignación que tienen su corazón petrificado, han de dar lugar al amor que te profesó, á la compasión siquiera? ¡No, Regina, no lo esperes jamás! Quizá si te humillases á él, si le pidieses, en tu nombre y en el de tu esposo, que perdonase tu desobediencia, quizá se ablandaría y os llamaría á su lado.

—¡Humillarme de nuevo!... ¡yo!... exclamó Regina con fiereza: sólo una vez lo he hecho en toda mi vida; pero aquélla me satisfizo para siempre! ¿No recuerdas, Arturo, que me arrodillé á los piés de mi padre, gimiendo, con las manos cruzadas, sin que me arredrasen tantas miradas burlonas y tantas risas sardónicas? ¿No recuerdas que mi padre, ese padre que decía que tanto me amaba, me rechazó bruscamente y desprendió con fuerza mis brazos que estrechaban sus rodillas? ¡Oh! ¡Ese padre que me había educado para el orgullo; ese padre que, previendo todos mis deseos, había desarrollado en mí el más grande y helado egoísmo, debió comprender que mi vida, que mi dicha entera dependían de que me concediese lo que le pedía postrada á sus piés! ¿Dónde estaba entonces, dónde, su decantado amor, que así desoyó mis ruegos?

—Piensa en tu madre al menos, hermana, dijo Eugenia dulcemente: ¡en tu madre, que morirá lejos de ti!

—¡Pobre madre mía! murmuró Regina, quedándose con la mirada absorta y fija, pero sin que la humedeciese una lágrima. ¡Pobre madre mía! ayer estuvo aquí, y me estremecí al verla, no obstante que se me figuraba ser incapaz de estremecerme!

—¡Qué dices! ¡estuvo aquí! exclamó Justino.

—Sí; espíó el instante en que tú salías, y vino, recatándose de mi padre, que la creía en su cuarto, á rogarme que me humillase á él y le pidiese

perdón, pues de lo contrario me exponía á que nos dejase en la miseria. Yo no sabía que mi padre podía desheredarme.

—¿Rehusarás todavía implorar su generosidad, Regina? preguntó Arturo.

—¡Generosidad! repitió la joven soltando una amarga carejada. ¡Generosidad conmigo el Marqués de Villalta! Para eso era necesario que yo me humillase mucho, y no me han educado para la humildad. El carácter de mi padre y el mío son igualmente duros, impetuosos é indomables; han chocado, y de este choque sólo puede resultar la muerte para uno de los dos, ó quizás para entrambos!

—El coche espera á los señores, dijo una muchacha bien vestida que apareció en el umbral de la puerta.

—¡Adiós, Regina! dijo la Vizcondesa abrazando á la joven: si sufrís, si tu esposo no encuentra un día donde ganar el pan preciso, acude á mí, ya que ahora no quieres aceptar nuestras ofertas.

—Gracias, hermana, contestó Regina, devolviéndole el abrazo con aquella frialdad que formaba la base de su carácter de hierro, gracias; aunque no tengo intención de aceptarle, no por eso agradezco menos tu desprendimiento.

Arturo abrazó estrechamente á Justino, repitiendo las mismas palabras de su esposa, y bajó con ella para tomar el coche.

Justino los acompañó hasta él; pero Regina,

cuya impasibilidad orgullosa se había aumentado con la desgracia, se contentó con acercarse á una de las ventanas, sin que su hermoso rostro demostrase la menor alteración.

Cuando Justino volvió á entrar en la estancia en que se hallaba Regina, aun brillaban en sus ojos algunas lágrimas.

—¿Por qué no te has ido con tu hermana, ya que tanto te aflige su ausencia? le dijo aquélla amargamente.

—¿Me culpas porque siento su primera separación?

—Yo creí, contestó la joven, que tenía derecho á exigirte que sólo por mí te entristecieras ó alegraras.

—¡Regina! exclamó Justino exasperado; ¡tu amor es un torrente devastador que arrebató tras sí todo sentimiento dulce!

—¿No lo he abandonado yo todo por tí? preguntó Regina, clavando en su esposo una mirada penetrante.

—¡Es verdad! murmuró aquel hombre de corazón tierno y sensible como el de un niño. ¡Es verdad, Regina mía! ¡Tú tienes razón para decirme que sólo por tí debiera sufrir ó alegrarme! Escucha: desde hoy ya no tendrás celos de nadie, porque estoy solo contigo en el mundo... ¡A nadie más que á tí amaré sobre la tierra! ¡Únicamente viviré para tí!